

UNA DONACIÓN DEL PATRIARCA RIBERA: EL CRISTO DE LA SALUD DE NAVARRÉS

M^{ra} TERESA ABAD AZUAGA

LA antigua advocación del Cristo de Navarrés quizá fuese, hasta el siglo XVIII, la de Cristo de la Fe, al igual que la de tantos otros cristos donados por San Juan de Ribera como comentaremos a lo largo de este artículo. Sin embargo, tras la construcción de la ermita, sufragada por doña Paula Calatayud, y como consecuencia de un milagro recogido en los gozos del Cristo,¹ la advocación cambió y pasó a llamarse Cristo de la Salud. A partir de entonces, el pueblo de Navarrés se encomendó a él pidiendo su protección contra las tormentas, los malos partos y las enfermedades.

Del archivo parroquial, destruido en 1936, conservamos un índice de visitas pastorales en el que está registrada la visita realizada a Navarrés por el Patriarca Ribera en 1606.² En ella mandó ampliar el templo parroquial y probablemente lo dotó de imágenes de culto y objetos litúrgicos con los que celebrar dignamente la Santa Misa, algo que también realizó en otras parroquias moriscas de Valencia. La imagen original del Cristo de la Salud de Navarrés, datable de comienzos del siglo XVII, bien pudo donarla San Juan de Ribera en esa fecha.

Tras la conquista cristiana y pese a la repoblación, la mayoría de la población del Reino de Valencia era musulmana. La convivencia entre cristianos y moriscos fue más o menos pacífica hasta la revuelta de las Germanías en la que los mudéjares apoyaron a sus señores feudales. Al tomar partido por los poderosos se granjearon el odio de gran parte de la población cristiana, esta conflictiva situación alcanzó su punto álgido en el año 1521, cuando se bautizó por la fuerza a un gran número de musulmanes. Estos bautismos tan irregulares fueron validados en 1525 por una junta de teólogos que dictaminó que estos nuevos conversos, pese al procedimiento empleado en su bautismo, tenían que ser consi-

derados cristianos y declararon que el resto de los musulmanes debía bautizarse o abandonar el país. Al hacerse públicas estas drásticas medidas se produjeron numerosas rebeliones, sobre todo en pueblos del interior, mientras que los moriscos de las clases adineradas enviaron una embajada a Madrid, con un donativo de 40.000 ducados y la petición de una prórroga para conseguir su total integración en la sociedad cristiana. A cambio, ellos se comprometían a abandonar en diez años sus costumbres moriscas y su lengua y permitían ser evangelizados.

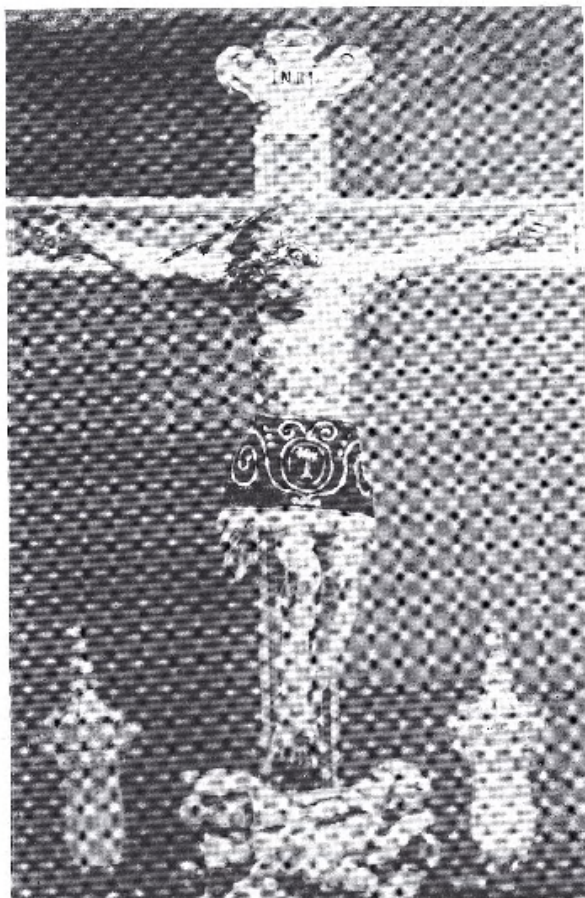
Pero todo fue inútil, los moriscos no estaban dispuestos a cambiar su modo de vida y la unidad religiosa de España era prioritaria para Felipe II. A esto hubo que añadir el temor de una alianza entre moriscos, turcos y berberiscos, lo que conllevó que el 4 de agosto de 1609 se firmase la expulsión definitiva de los moriscos españoles.³

Es necesario señalar que, desde un principio, la conversión de los moriscos tropezó con múltiples dificultades. La mayor fue la falta de parroquias en las que adoctrinar al pueblo musulmán, al no querer hacerse cargo de ellas los rectores asignados, por temor a vivir entre moriscos y por la baja renta estipulada para su manutención. Todos los esfuerzos de conversión se limitaron, por norma general, a la celebración de una Misa en latín y a continuación un sermón en castellano o valenciano. Se comprende la ineficacia de esta evangelización si se tiene en cuenta que los moriscos valencianos hablaban en aljamía, un dialecto hispanoárabe, y sólo conocían algunas palabras en castellano o valenciano. Los únicos religiosos que intentaron predicar al pueblo musulmán en su propia lengua fueron los jesuitas, pero esta iniciativa terminó al ser nombrado Arzobispo de Valencia San Juan de Ribera (1532-1611) en 1568.

¹ "... Un pobrecito baldado / De conocida virtud / Deseaba la salud / De que estaba desahuciado; / Invocandoos con fe pura / Logró salud de repente...".

² V. Pons, Carlos, "Antigua Imagen del Cristo", *Libro de Fiestas*, Navarrés, 1998.

³ El tema de los moriscos en Valencia ha sido tratado en multitud de obras, aquí destacamos el catálogo de la exposición *La expulsión de los moriscos en el Reino de Valencia* realizada por Bancaixa en 1997-98 y la clásica pero indispensable monografía de Pascual Boronat y Barrachina, *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico-crítico*, Valencia, 1901.



Cristo de Monte Calvario (Vallada).

Con su llegada a Valencia, el Patriarca Ribera,⁴ puso en marcha una serie de medidas para acabar con la relajación de costumbres del clero valenciano y potenciar la evangelización en toda la diócesis. Para ello, asumió una reforma total del clero, siguiendo los postulados trentinos, fomentando la creación y ampliación de conventos de órdenes religiosas, especialmente jesuitas y capuchinos, que junto con los dominicos, fueron sus grandes colaboradores. De todas maneras, la principal preocupación de San Juan de Ribera fue la conversión

de los moriscos, a los que prestó una atención constante hasta su muerte.⁵ Para formarlos en la Fe cristiana el Patriarca confió esta labor a jesuitas y dominicos que recorrieron todas las parroquias de la diócesis evangelizando incansablemente.

Pero San Juan de Ribera no se contentó con delegar en buenas manos estas tareas sino que él personalmente visitó en once ocasiones toda la diócesis, predicando a los musulmanes, ordenando la edificación de nuevas iglesias y la ampliación de las ya existentes, aumentando la asignación de las rectorías e incluso pagando los gastos de los predicadores con sus propias rentas y haciéndose cargo de abastecer a las parroquias de todo lo necesario para la celebración del culto.⁶

Entre estos "ornamentos sagrados" seguramente se hallarían esculturas donadas por San Juan de Ribera, normalmente cristos crucificados, que se convertirían en la imagen titular de los templos pertenecientes a parroquias moriscas. Así parecen corroborarlo las numerosas tradiciones conservadas hasta nuestros días sobre imágenes que en un determinado momento fueron regaladas a diferentes localidades por el Patriarca Ribera, como: Alboraya, Alcalalí, Benigànim, La Font d'En Carròs, Oliva, Valencia y Vilamarxant. Todas estas imágenes tienen en común el representar a Cristo Crucificado,⁷ normalmente bajo la advocación de Cristo de la Fe o de la Salud, y estar realizadas a fines del siglo XVI y principios del XVII, justamente la época de mayor celo evangelizador de San Juan de Ribera. Estas características estilísticas e iconográficas también son compartidas por las imágenes que hasta hace poco conservaban las poblaciones de Benasau, Benimaclet, Foios, Mislata, Parcent, Quatretonda,⁸ Rótova, Vallada y por supuesto Navarrés, localidades habitadas por un alto número de moriscos y que el Patriarca Ribera visitó en diversas ocasiones.

Como hemos comentado anteriormente, la mayoría de donaciones de S. Juan de Ribera de las que tenemos constancia fueron representaciones de Jesús crucificado. La elección de este tipo iconográfico, y no otro, no es producto del azar sino que el tema de la Crucifixión era uno de los temas de la religión cristiana que provocaba más escándalo entre los moriscos. Por una parte les costaba un gran esfuerzo aceptar que los cristianos adoraran a un dios que había muerto crucificado como un vulgar delincuente; y por otra parte, al rechazar la Crucifixión también se oponían a la Redención de la

⁴ Para profundizar en la renovación eclesial emprendida por el Patriarca Ribera consúltese la obra de Vicente Cárcel Ortí, *Historia de la Iglesia en Valencia*, Valencia, 1986, pp. 177-210.

⁵ Esta preocupación por la conversión de los moriscos de su diócesis queda patente en una relación del año 1610 recogida en la página 714 de la obra de M^a Milagros Cárcel Ortí, *Relaciones sobre el Estado de las diócesis valencianas*, Valencia, 1989: "... Quarenta y siete años ha, Sacra Congregación, que por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica fue promovido a la dignidad de obispo el Illustrísimmo Patriarcha de Antiochía y arzobispo de Valencia y d'ellos quarenta y dos que tiene a su cargo esta iglesia, en los quales ha procurado por muchos y diferentes medios, así por sí mismo como por personas doctas, religiosas y de buena vida, reducir al gremio de la Yglesia tantos y tan pérfidios hereges, a los quales les durava la fee desde el día en que niños recibían el sancto bautismo hasta que usando de razón, enseñados de sus padres y otros ministros de su falsa secta, apostaban de nuestra sancta fee, que seguían la secta de Mahoma con tan grande obstinación como se ha visto".

⁶ Así lo afirma Pascual Boronat y Barrachina en su biografía *El Beato Juan de Ribera y el Real Colegio del Corpus Christi. Estudio Histórico*, Valencia, 1904, p. 113: "...Sin embargo de tales noticias y de las que logramos publicar por vez primera en otro libro, réstanos dar al público interesantes documentos que nos demuestran, entre otras cosas, la sin razón de los que inculpan al beato Ribera de negligencia en procurar la instrucción de los de aquella raza y de incuria en fomentar la conversión y en dotar de vasos y ornamentos sagrados las iglesias de pueblos moriscos".

⁷ San Juan de Ribera no solamente donó cristos crucificados a las parroquias moriscas ya que aún conservamos en L'Olleria un Ecce Homo y en Burjassot una Virgen de la Cabeza.

⁸ V. Montoliu Soler, Violeta, "La primitiva imagen del Santísimo Cristo de la Fe de Quatretonda", en *Solemne novenario al Santísimo Cristo de la Fe en la Parroquia de los Santos Juanes de Quatretonda*, Quatretonda, 1996.

humanidad por Jesús. Estas creencias, así como el gran número de cruces presentes en la sociedad cristiana, hicieron aumentar el odio de los moriscos a la Cruz que era el más importante símbolo de la doctrina cristiana.⁹

En una época en la que la casi totalidad de feligreses eran analfabetos, no conocían el latín y, en el caso de los moriscos, hablaban una lengua diferente, la imagen se convirtió en un instrumento imprescindible para hacer comprender a los fieles la doctrina de la Iglesia Católica. Probablemente a esto se debe la gran cantidad de donaciones de imágenes religiosas realizadas por San Juan de Ribera. El objetivo sería doble; por una parte, estas esculturas constituirían un firme apoyo a la predicación llevada a cabo por las órdenes religiosas y, por otra parte, contribuirían a reforzar la Fe de los cristianos viejos, a veces debilitada por su convivencia con los moriscos.

El Cristo de la Salud de Navarrés es un Cristo crucificado muerto. Este modelo iconográfico empezó a cobrar fuerza a fines de la Edad Media, ya que está relacionado con un cambio de espiritualidad que produjo un acercamiento de los fieles a la naturaleza humana de Cristo. A partir de entonces, ya no se representará a Cristo vivo en la cruz, triunfante, sino a un Cristo muerto que se sacrificó voluntariamente para redimir a la humanidad. En el Barroco estas crucifixiones patéticas de la Edad Media se seguirán representando pero atemperadas por el clasicismo y la contención propios del Renacimiento.¹⁰

El Cristo de Navarrés inclina la cabeza sobre el hombro derecho, está representado en el momento inmediatamente posterior al fallecimiento de Jesús, el cuerpo flexionado y la herida de lanza en el costado derecho así lo atestiguan. La imagen conserva muchas de las características del arte renacentista, como pueden ser la perfección anatómica, la escasa profusión de sangre, el pequeño paño de pureza con el que se cubre, los tradicionales tres clavos y el titulus que remata la cruz y en el que se lee en latín la sentencia por la que murió Cristo: *Jesus Nazarenus Rex Iudaeorum*. Sin embargo, el modelado naturalista de su anatomía, marcando las costillas, los huesos de los pies o los tendones de los brazos y la no idealización del rostro le acerca a la concepción verista del arte barroco.

Este Cristo guarda una gran semejanza con el Cristo que se conservaba hasta el año 1936 en la cercana población de Vallada, conocido como el Cristo del Monte Calvario. El parecido entre ambas imágenes es tan estrecho que probablemente fueron realizados por el mismo artista o taller, aunque existan ligeras diferencias entre ellos como, por ejemplo, una inclinación más acusada de la cabeza y una mayor estilización en los rasgos del Cristo de Vallada. El único dato documental que conocemos sobre este Cristo del Monte Calvario de Vallada es la donación de una lámpara de plata para su capilla realizada por fray Miquel Febrer en 1691.¹¹



Crucifijo del Coro del Real Colegio de Corpus Christi de Valencia. Sebastián de Oviedo.

El hecho de que a finales del siglo XVII ya se realizasen ofrendas de este calibre al Cristo de Vallada nos hace pensar que la imagen llevaba en el templo bastantes años, los suficientes para tener una devoción extendida. Esto coincide con sus características estilísticas que, como hemos comentado anteriormente, coinciden con las del Cristo de la Salud de Navarrés, pudiéndose datar ambas imágenes a principios del siglo XVII.

A su vez, estas dos imágenes de Navarrés y Vallada podrían relacionarse con un Cristo crucificado, conservado en el coro del Real Colegio de Corpus Christi en Valencia, realizado en 1604 por Sebastián de Oviedo.¹² No solamente coincide el modelo iconográfico de Cristo muerto, sino también el plegado del paño de pureza muy pegado al cuerpo, el tratamiento de la anatomía y los rasgos del rostro, aunque este último presenta un modelado en líneas generales más suaves. Por desgracia, esta es la única obra documentada conservada hasta el momento de Sebastián de Oviedo,¹³ escultor foráneo como su propio nombre indica, que debió acudir al

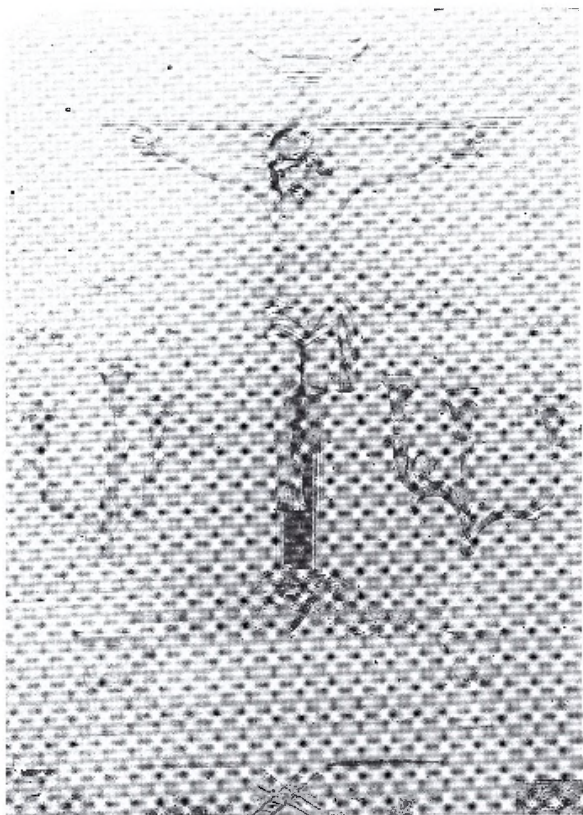
⁹ V. Cardaillac, L., *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico, 1492-1640*, Madrid, 1979, pp. 263-267.

¹⁰ V. Blaya Estrada, Nuria, "Iconografía de Cristo vivo en la pintura y la imaginería procesional", *Dilluns Sant*, Valencia, 1999, pp. 44 y 45.

¹¹ V. Ferri Chulió, Andrés de Sales, *Imaginería Patronal destruida en la Comunidad Valenciana en 1936*, Sueca, 1999, p. 342 y también del mismo autor *Cristo en la diócesis de Valencia*, Valencia, 1984, p. 89.

¹² Este dato lo aporta Fernando Benito Doménech en su libro *Museo del Patriarca. Valencia*, Valencia, Brujas, 1991, p. 95.

¹³ Sebastián de Oviedo realizó varias obras más para el Patriarca Ribera, tanto en madera como en piedra. Tenemos noticias de la ejecución



Cristo de la Salud de Navarrés.

igual que otros artistas a la llamada del Patriarca Ribera para embellecer el colegio seminario fundado por el arzobispo de Valencia en 1583.

La triple relación establecida entre estas imágenes: el Cristo de la Salud de Navarrés, el Cristo del Monte Calvario de Vallada y el crucifijo del Colegio del Patriarca permite establecer tres hipótesis a falta de confirmación documental. En primer lugar, habría que datar estas tres imágenes en la primera década del siglo XVII, si tenemos en cuenta sus características estilísticas y sobre todo, aceptamos las fechas de 1604 para el Cristo del Corpus Christi y 1606 aproximadamente para el Cristo de la Salud de Navarrés. En segundo lugar, y a consecuencia de todo lo anteriormente mencionado, se puede considerar que tanto el Cristo de Navarrés como el de Vallada fueron donados por San Juan de Ribera; y, por último, parece lógico que encargara su ejecución a un escultor que por esos años se encontrara a su servicio, que bien pudiera ser Sebastián de Oviedo y su taller.

A modo de conclusión, me gustaría añadir que la escultura barroca valenciana del siglo XVII probablemente sería mucho más rica de lo que creemos hoy día y en la que, según los eruditos, solamente destacaron tres nombres: Felipe Coral, Juan Muñoz y Tomás Sanchís. Como ha quedado demostrado, el Patriarca Ribera llevó a cabo numerosísimas donaciones de imágenes religiosas que sin la existencia de un elevado número de escultores hubiera sido imposible realizar, por lo que se hace necesario un estudio exhaustivo de la imaginería religiosa barroca, prestando especial atención a sus todavía poco conocidos artífices.